

Luis Alberto Sánchez

José Milla y Vidaurre, El Sosegado



UANDO José Milla y Vidaurre empezó su vida literaria, en 1846, hacia dos años de la muerte de José Batres Montúfar, el famoso "Pepe Batres" de la magnífica y traviesa "*Tradiciones guatemaltecas*". No habría podido negar jamás el primero la influencia que sobre él ejerció el joven e irónico autor de "*Don Pablo*".

Batres Montúfar representaba la negación de la pesada losa colonial insopportablemente puesta sobre los hombros de la juventud de Guatemala. Milla que al principio, trató de seguir el modo de su maestro, acabó sometiéndose a la rutina y siendo él uno de los responsables de que dicha losa siguiera gravitando sobre su pueblo. La reacción que, en 1887, dirigiera contra él, aunque sin fruto, el adolescente Enrique Gómez Carrillo, fué natural efecto del choque de dos antagónicas actitudes mentales: el tradicionalismo y el modernismo, la Colonia y el Progreso, España y Europa, el yugo y el trampolín.

La vida de don José Milla y Vidaurre guarda perfecta armonía con su obra. Carecen de arrugas... hasta que envejecen. Interesan, como las consejas domésticas, por el cardumen de su anecdotalario,

no por su significado. Los lectores se sientan parsimoniosamente en torno al autor a escuchar chismes, enredos, episodios, sin participar en ellos. Si el autor corta el hilo del relato, se lo puede continuar al día o al mes siguientes. Basta un rápido recuento de lo referido para que se restablezca la continuidad. Cuando el hilo unificador es interno, sería herético interrumpir el relato; tanto valdría introducir una tregua en medio de un acto mágico. Las potestades cuando se alejan, no vuelven o tardan en volver. La cuestión es que las potestades entren en juego. Si no, los cuentos son cháchara más que literatura.

No es así, de deprimente el caso de don José Milla y Vidaurre. Ni se podría decirlo, puesto que aun quedan muchos descendientes suyos, los cuales, como ocurre siempre, no están dispuestos a permitir la menor rebaja en la estatura de su epónimo. A los sudamericanos, por lo general, nos ocurre tan peregrina molestia. Nos estorban los antepasados... ajenos, y nos aprovechan los propios. Hay una suerte de necrofagia y necrolatría muy visible y engorrosa, doquiera.

De todos modos, correremos el azar de encararnos con esta Esfinge sin misterios que fué la obra de don José Milla y Vidaurre. Como se la acostumbra considerar definitoria de un país y una época, urge averiguar lo que hay adentro, para encauzar nuestros pasos hacia ella, o desviárlos definitivamente.

Nació don José Milla y Vidaurre el año de 1822. Murió a los sesenta, en 1882. Caracterizando con nitidez el abismo que separaba su vida de su obra, usó para esta última el pseudónimo de "Salomé Jil", anagrama de sus dos primeros nombres. Seguía una muy difundida costumbre de la época.

Fué conservador en política. En realidad, los guatemaltecos de aquel tiempo, lo eran todos en mayor o menor grado. Como hace notar Carlos Wyld Ospina en su vibrante ensayo "*El autócrata*", las di-

ferencias entre liberales y conservadores eran muy pequeñas. Los más afortunados solían ser conservadores, por lujo, y otros por clericalismo; los liberales solían ser menos ricos y menos clericales. Entre el caudillo conservador Rafael Carreras, el tigre antiunionista, y el liberal don Rufino Barrios, adalid del unionismo, habría que echar a la suerte tratándose de principios doctrinales. El dictador liberal realizó muchas iniciativas de progreso, pero corrompió al país bajo su egolátrica tiranía, tan semejante a ratos a la del venezolano Guzmán Blanco, "el Ilustre Americano".

No es ésta, sin embargo, la época de auge de don José Milla. Más bien, corresponde a la de su ocaso. Su éxito está ligado al régimen del general Rafael Carreras, quien imperó omnímodamente sobre Guatemala desde 1847 hasta 1869, en que murió. Carreras venció e hizo fusilar al general Morazán campeón del unionismo. Sus consejeros eran su propio interés, el cura Durán y los "cachurecos", pintoresco nombre con que se conoce a los conservadores en la tierra del Quetzal. Quienes vieron la entrada de Carreras vencedor a la antigua Capitanía General, lo describen de feroz modo. Iba desnudo de cintura arriba, con un fusil y con su consejero de sotana al lado. Para la apartada Guatemala reinó un largo período de forzosa paz. José Milla inició su obra literaria el año anterior al triunfo de Carreras. Se desarrolló bajo su gobierno.

Los primeros tanteos de Milla fueron, naturalmente, en verso. No tuvo fortuna. Le faltaban sentido de la armonía, imaginación y quizás capacidad de abreviar. El verso suele ser más compendioso que la prosa. Milla demostró siempre incontinencia verbal o escrita. Ponía punto final cuando no quedaba rastro que seguir, incógnita que aclarar, personaje que matar. Sus lectores nunca tuvieron que colaborar con él. Era la moda de su tiempo. Ningún protagonista recibía el don de la libertad de su autor, hasta que se quedaba quietecito en la huesa.

En el prólogo que el periodista Federico Hernández de León es-

cribió para la edición de 1935 de "El Visitador", aporta algunos datos esclarecedores sobre la psicología de Milla.

Se educó éste en el Seminario, en donde estaba hasta 1842, es decir, hasta los 20 años. Desde los 10 era huérfano, lo que explica tan dilatada clausura así como su carácter más bien tímido y secreto que audaz y extravertido. Durante el gobierno del doctor Gálvez, el joven seminarista estudió las doctrinas "liberales". Solía reunirse con el famoso Batres Montúfar, mayor en catorce años que él, y formaba parte del grupo que rodeó al ingenioso y zumbón autor de "Don Pablo". Alentado por esa compañía, Milla se atrevió a editar sus versos el año 45. Al siguiente, 1846, aparecía su firma calzando varios ensayos en la "Revista de la Sociedad Económica de Amigos". Así comenzó su verdadera tarea literaria.

El gobierno de Carreras, según he dicho, le tuvo como cercano colaborador. Muchos fueron los honores que recibió Milla bajo ese régimen, pero ninguno quizá tan valioso para él, como su misión en los Estados Unidos, sobre todo porque entonces le fué posible cooperar con el caprichoso, genial y erudito Irisarri, cuya vejez fué tan sazonada como su edad adulta. Si existe en Guatemala algún tipo singular, inconfundible, mezcla de Rinconete y el Obispo Tostado, de revolucionario y académico, de golfo y erudito, fué Irisarri. ¿Qué efecto causó su presencia en el encogido espíritu del novel burócrata don José Milla? Se ignora. Mas no sería locura ver en la afición a la historia de éste algún eco de las enseñanzas de aquél.

Milla era de una familia pobre. Ingresó como redactor de "La Gaceta de Guatemala". Su carrera burocrática fué relativamente rápida. Ya Oficial Mayor de Relaciones Exteriores, le designaron después Comisionado Especial en Washington. Más tarde fué Subsecretario General de Gobierno. Después pasó a desempeñar el alto cargo de Consejero de Estado.

Desde luego, se casó y tuvo prole. Entre 1864 y 1870 conquistó sus mayores triunfos. La Academia de la Lengua de Madrid le nombró su miembro Correspondiente. Lo propio haría la Academia de

Bellas Letras de Santiago de Chile. Pero, él, admiraba a Batres Jáuregui, y Batres se reía de los pujos constitucionalistas de sus gobernantes...

Cuando después de la muerte de Carreras y de un corto interregno caótico, ascendió el régimen “liberal” del General Rufino Barrios, Milla tuvo que experimentar la necesaria lección de un breve ostracismo. Para entonces se hallaba en decisivo filo de los 50 años. Un hombre del trópico a esa edad suelc haber dado ya todo su jugo.

El ascenso de Rufino Barrios fué una amenaza para todos los que habían compartido las responsabilidades del poder con los conservadores. Milla había sobresalido más de la cuenta para permanecer en la oscuridad. Con toda prudencia resolvió poner tierra de por medio. Se exilió el año de 1871, ya novelista famoso. Dos años después comprendió que el nuevo amo nada tenía contra él y hasta tal vez recibió alguna insinuación al respecto, y decidió repatriarse. Barrios, hombre cazurro, muy respetuoso de la inteligencia, aunque muy poco de la libertad, le recibió con beneplácito. Eso mismo atizó chismes y reticencias, de suerte que Milla tropezó con un ambiente receloso, en el cual no tardaron en hervir inconfesables apetitos y pasiones que le hicieron su víctima. Fué una prueba execrable. El egregio escritor deambuló muchas veces por las calles de Guatemala, deseando hallar el espíritu del Adelantado don Pedro de Alvarado, o el de la novelesca doña Beatriz, o el de sus legendarios personajes, para contarles su irrestañable cuita. De nada valía su acrisolada probidad. La orfandad física de su niñez se tornaba ahora orfandad moral, tan aullante y laceradora como la otra.

Don Rufino impuso un régimen “liberal” *sui generis*, o, mejor dicho, *pro domo sua*. Cuando quiso disponer de una constitución *ad hoc*, llamó a Lorenzo Montúfar, pero como aquella no le satisfizo la hizo anular desde la cuna (1876). Más tarde se forjó un instrumento constitucional más elástico, por donde Barrios podía discurrir a su antojo. Montúfar fué su sicosante. Así nació la asenderea-

da Carta de 1879. La vida era tan azarosa, bajo el imperio de la constitución, que el indiscreto nicaragüense Enrique Guzmán escribe en su “*Diario íntimo*” que Wyld Ospina transcribe en parte: “La “discreción es obligatoria en la República de Guatemala. Imposible “hallar gente más reservada que los *chapines*. Hasta los borrachos “son prudentes aquí”.

Cuando un país vive en tan absoluta y permanente “discreción”, los escritores o se expatrian o se dedican a la historia. José Milla vivía entregado a la novela histórica. Barrios sobrevivió a Milla. Halló la muerte en 1885, cuando intentaba recomponer el unionismo de Morazán, pero desde Guatemala . . .

La primera obra de Milla se titula “*Don Bonifacio*”, y es una leyenda en verso—¿sería propio llamarla “novela en verso”?—dedicada a Juan Dieguez, el 18 de febrero de 1862. Consta de ocho partes en octavas reales. Los hechos ocurren hacia 1631, en pleno siglo XVII. No había riesgos con tanta distancia.

En prosaico tono empieza:

Ciento y treinta años hace que vivía
en la Antigua Ciudad de Guatemala,
un abogado, cuya biografía
la más rara novela no la iguala.
Trasegando una vieja librería,
en una oscura y empolvada sala,
un anticuario la encontró. Se ignora
por qué había estado inédita hasta ahora.

Desde luego, así habría escrito José Batres Montúfar. Bastará cotejar el tono de ambos para confirmarlo.

Don Bonifacio Manso y Bobadilla, era un criollo, descendiente

de antigua familia castellana. (“Lo trato como a mi amigo de colegio—por ajustarme al metro, un largo espacio...”). Don Bonifacio es un personaje truculento. Ataca para matarlo a Juan de Arana, quien en realidad no había perdido la vida. Don Bonifacio se casa con Lola, hija de don Serafín. Luego, ahorca a Lola, e intenta matar a Cecilia, para apoderarse de un collar de perlas de la finada. Una bruja, “La Tatuana”, consigue con sus artes librarse de la cárcel al asesino, pero... ocurre el terremoto que destruye la ciudad, y Bonifacio perece tal como había perecido Lola.

Tantas muertes y tragedias diferencian la concepción de Batres de la de Milla. Mientras aquél es irónico y placentero, y se ríe a las calladas del Coloniaje, Milla lo utiliza para dar rienda suelta a su afán dramático. No se compaginan con todo ello el caudal de extrañas citas que, por mor de burlas, mechán la leyenda de Milla. Hasta donde se me alcanza, ni Proudhon, ni Kant, ni Schelling, ahí mencionados, tienen nada que ver con Guatemala, ni con la Colonia, ni con la tragedia. Es probable que tales citas traten de relevar el humor satírico del autor y, también, sus deseos de parecer hombre de lecturas.

Parece que la moda de entonces, extendida desde el Perú por don Ricardo Palma consistía en describir episodios coloniales, con cierto sentido humorístico. Desde Europa venían los imperativos románticos de la novela histórica de Walter Scott, las leyendas de Bécquer, las caprichosas tramas de Dumas (padre) y de Manzoni. En América no florecía aún el género, contra lo que se ha aseverado, me parece que por Amado Alonso. Milla fué uno de los escampeñas de la novela histórica americana. Es justo reconocerle tan precioso mérito.

El dominicano Galván (1834-1910) publicó su famoso “*Enriquillo*” entre 1879 y 1882. Milla lanzó su primera novela histórica

en 1866, dejando de lado la leyenda escrita. Esa primera novela histórica del guatemalteco se tituló “*La Hija del Adelantado*” y data de 1866. Como ocurriría en adelante, la trama se desenvuelve en la Antigua (Antigua Guatemala), ciudad destruída por un sismo, y a donde la curiosidad turística acude, llena de emoción ahora. No abona esto el mote de “Tácito guatemalteco” con que don Ramón Salazar saluda a Milla en el prólogo a la edición de 1897 de la “*Historia de un Pepe*”. Conviene no exagerar. Bástenos asentir en que hasta Milla la novela histórica no se cultivaba sistemáticamente en nuestro continente. Muchos fueron los llamados, pero pocos los... elegidos por sí mismos.

Hasta donde yo sé, el caudal novelístico de Milla lo constituyen: “*La hija del Adelantado*”, “*Memorias de un abogado*”, “*El Visitador*”, “*Los Nazarenos*”, “*El canasto del sastre*”, “*Historia de un Pepe*”, a lo que hay que agregar “*Libro sin nombre*”, “*Cuadros de costumbres*”, “*El viaje a otro mundo*” (3 vols.) y la sustanciosa y bella “*Historia de Centroamérica*”. No conozco más.

He leído “*La Hija del Adelantado*”, 1866, en su tercera edición, de 1935.

Trata de los desdichados amores de doña Leonor de Alvarado Jicotencal, hija de don Pedro y de una princesa trascalteca, con don Pedro de Portocarrero, noble capitán. Contra aquel idilio, cuyo escenario fué la Antigua, conspiran con mil intrigas y malas artes, don Francisco de la Cueva, cuñado del Adelantado; el inescrupuloso médico Peraza; y el torcido secretario Robledo. Desde luego, “*Salomé Jil*”, igual que Dumas, elimina la historia cuando no conviene a sus propósitos imaginativos. Así, no menciona el hecho de que doña Leonor estuviera casada con don Francisco de la Cueva, matrimonio que procreó varios hijos. Habría sido anticipar innecesarias verdades, frustrando la invención. “*Salomé Jil*” describe con minuciosidad de notario los detalles de las intrigas de la pequeña corte del Palacio de los Capitanes. La figura de doña Beatriz de la Cueva (segunda esposa de Alvarado, pues la primera fué doña Francisca, también de

apellido De la Cueva) adquiere contornos poemáticos. En ausencia y muerte de su esposa, ella toma las riendas del gobierno. Mas, es una de las peripecias del relato, cuando doña Beatriz debe intervenir definitivamente, se produce la trágica erupción del volcán de agua que hiere en las proximidades de la ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala, y la gobernadora perece entre la lava, el 11 de septiembre de 1541, al par que la mayor parte de sus camareras y súbditos. La ciudad quedó arrasada. Como en los relatos bíblicos, "no quedó piedra sobre piedra". De tan dramática y cómoda manera terminaron las cuitas de los protagonistas de la novela.

Como Dumas y Fernández y González, como Sué y el Duque de Rivas, el autor de "*La Hija del Adelantado*" ostenta un registro psicológico muy pobre. Sus descripciones son animadas y hasta puntillistas por el exceso de pormenores; mas sus personajes carecen de variedad. Un alma no es un disco de un solo lado. Un diálogo tampoco consiste en una sucesión de alternos discursos. Por tremendo que sea el propósito de venganza, no todo en la vida de un vengativo ha de ser tan negro y torcido como en la del médico Peraza o del secretario Robledo. Almas de un solo sentimiento; traidores-traidores, vengativos-vengativos, gencerosos-generosos: ¿acaso no son ésas las características de lo que con tanta propiedad ha denominado Jean Epstein, "subliteratura"? Sin embargo, lo que el autor de "*La poesía, nuevo estado de inteligencia*" vitupera ahora, hacia las delicias de nuestros abuelos. Cada edad tiene sus preferencias. "A nuevos tiempos, nuevas canciones" dice un refrán ruso. Por lo mismo: "a viejos tiempos, viejas canciones". Lo erróneo sería aplicar a un hombre de 1866 la técnica y los conocimientos de uno de 1950.

"*Memorias de un abogado*" presenta otra época: el siglo XVIII. Cambia el escenario. La Corte tiene poco que ver aquí; más bien la Universidad, la Audiencia, los togados, los rábulas. Guatemala tenía ya, entonces, una afamada Universidad. En ella se dedica a

estudiar Derecho cierto individuo salvado de la horca, quien consagra su existencia y sus conocimientos a ayudar gratuitamente a los condenados a muerte. Su experiencia difícilmente podía ser superada.

Retrocedamos al siglo XVII. Este devanar de centurias, avanzando y retrocediendo como lanzadera, alivia de todo pedestrismo.

“*El Visitador*” (la edición, 1867; 2.^a, 1896; 3.^a, 1935).

Se trata de un misterio de ámbito internacional. En 1581, en el puerto de San José, Guatemala, el herrero Andrés Molinos halla y recoge a un niñito de pelo rojo, desvalido junto a su madre muerta. Se trata de un desconocido hijo del corsario Sir Francis Drake. El herrero tiene un hermano, Basilio, de oficio barbero, y, por tanto, el reverso de aquél: Andrés es francote, impetuoso, leal; Basilio, intrigante, chismoso, lleno de codicia. En 1623, toca a las puertas del Convento de La Merced, en Méjico, un desconocido, quien después de hablar con las autoridades monacales, pide y consigue que se respete su incógnito. Después sabremos que se trata de don Juan de Ibarra, cuyo ardor en la venganza le empuja a disparates, causa de su derrota. Gobierna Guatemala el Conde de la Gomera, que había sido autoridad de Chucuito, en el Perú. La descripción de las

fiestas en homenaje al Rey Felipe IV están admirablemente pintadas, con ese sabor de primitivo que caracteriza a Milla. Sin embargo... ese Juan de Ibarra resulta identificado con otro extraño personaje, y sus rencores le convierten en una especie de Conde de Montecristo del trópico, incapaz de dar cuartel ni entregarse al olvido cuando de alguna ofensa vieja se trata. El papel del barbero es semejante al del médico de "*La Hija del Adelantado*". Como siempre, los malos de Milla son malos hasta en el respirar, y de añadidura, feos; los buenos son buenos hasta en sus pesadillas, y de contera, bellos.

No cambia mucho el tono en "*Los Nazarenos*" (primera edición, 1867; tengo a la vista la 5.^a, que es de 1935). El fondo del asunto se refiere al odio implacable de dos familias: los Padilla y los Carranza, suerte de Montescos y Capuletos de Centroamérica. (Entre paréntesis figura en el capítulo V cierto Marcos Dávalos y Ribera, que me trae a las mientes a don Juan Dávalos y Ribera, insigne limeño, alabado por Cervantes en "*La Galatea*", 1585). Los Padilla constituyeron hacia 1654, una sociedad secreta, llamada "los Nazarenos", cuyo distintivo era una "N". Su objeto principal consistía en reparar injusticias y... atacar a los Carranza. Era una especie de Klu Klux Klan colonial; algo semejante a las organizaciones de Potosí en el siglo XVII. Era jefe de los Nazarenos, don Silvestre Alarcón. La conspiración de los Nazarenos es el tema central. Advierto, al paso, que Milla incurre en algunos galicismos, inaparentes en su tono clasicista: "Haced vuestro deber", "una noticia hizo sensación", etc., son expresiones nada plausibles en boca de un académico y, además, adicto al sabor de lo viejo.

La "*Historia de un Pepe*" presenta otro aspecto de la inteligencia de "Salomé Jil". En Guatemala se dice "pepenado" al "levantando del suelo", al "nacido de la nada", al "expósito". Un "Pepe" es un don nadie. Trata el libro sobre los amores del "pepe" Gabriel Fernández de Córdova con Rosalía Matamoros, hija de un pintoresco maestro de armas, y capitán del ejército de S. M. y de la no-

ble guatemalteca Matilde Espinosa de los Monteros, apellido que también figura en el Perú. Como siempre, figura en la novela un abogado intrigante, Diego de Atocha. Actúan unos bandoleros. El amor triunfa, pero la muerte puede más que el amor. La acción ocurre entre 1792 y 1823. Aunque el estilo sigue siendo el de Dumas (padre) se advierte que Milla ha perdido fuerza y no ha ganado cualidades.

La técnica novelística de "Salomé Jil" carece de complicaciones de fondo, a cambio de notorios entredos de trama. Es el folletín histórico clásico. Ameno, divertido, bien documentado, pero poco profundo.

Don José Milla firma la dedicatoria de su "*Historia de Centroamérica*", el 15 de septiembre de 1879, en Quesada (Jutiapa). Deja claramente establecido que si algún mérito se encontrare en su obra, correspondería "a la confianza que su gobierno" había depositado en él. El gobierno era, repito, el del "liberal" y unionista Rufino Barrios. Milla, también lo repito, había crecido al amparo del caudillo "conservador" y antiunionista, Rafael Carreras. Se explica los sinsabores que su acercamiento a Barrios le atrajo. A pesar de que no tuvo ninguna intervención política y que su historia es un monumento de sabiduría y buen gusto, las pasiones le mordieron. No repararon ni siquiera en su edad, ya próximo a los sesenta. "Salomé Jil", según los iracundos y mendaces, "se había vendido" al tirano. Repito asimismo que, al igual que más tarde el tirano Estrada Cabrera, a Barrios le halagaba verse rodeado de intelectuales.

La "*Historia de Centroamérica*" en que Milla abarca la vida de Guatemala desde el "*Popol Vuh*" hasta 1686, es una de las mejores que América antes hispana posee. No obstante haber sido escrita en una época ayuna de sentido de crítica histórica, adicta al

sistema narrativo, entregada al pintoresquismo, Milla guarda una severidad que, por ejemplo, no se encuentra en Prescott. Las fuentes de que se vale son las precisas. Sin embargo, de que aun no se habían llevado a cabo los descubrimientos arqueológicos que harían famoso a Morley ("La civilización maya", 1946), Milla avanza con firme paso por entre la maraña de documentos y deducciones, por mucho que a veces crea demasiado en la exactitud de los asertos del Abate Brasseur de Bourbourg, entonces en plena fama. Milla no es de los que atribuyen determinado autor al "*Popol Vuh*", sino que asienta su anonimía, y aunque no parece muy seguro de su remota antigüedad, le da el valor que se requiere. Como Milla es escritor, acierta en las narraciones, por ejemplo, la emigración de los Toltecas rumbo a Honduras, a consecuencia de la peste que se había desatado.

Claro está que Milla prefiere narrar a discutir. Por lo general da por seguro lo que afirma. Pero, ¿es acaso motivo de reproche cuando Lafuente, Prescott, Ticknor, Michelet, Quintana hacían lo propio? Los relatos de Milla sobre la rebelión de Atitlán cuando llegó Alvarado; la liturgia en Guatemala y Nicaragua; sus apuntes sobre la prostitución legal en esta última región, la vida del plebeyo o *macehual*, el lujo que significaban el chocolate y el tabaco, la institución del nahuatl (compañero) y el nagualismo, el funcionamiento perfecto del calendario de 18 meses (entre quichés y cakchiquelos), la división del mes en 2 días, la adición de 5 días sin nombre a cada año, la institución del año de un día más cada cuatrenio, etc., son de un atractivo incuestionable. Igualmente seductoras son sus páginas sobre el proceso contra Alvarado, en 1529; las cruelezas del mismo contra la joven princesa Xuchil, etc.

Milla se revela en su "*Historia*" tal como había sido en sus novelas: narrador fácil y pormenorizado de episodios pintorescos. La verdad es que uno titubea entre darle el mote de historiador, cuando escribe novelas, o el de novelista cuando se erige historiador. Su tiempo era así.

De ahí que cuando cuenta sus andanzas a raíz de su autodestie-

rro de 1871, e invente a ese imperecedero personaje que es "Juan Chapín", famoso hasta hoy, mezcle también las fantasías a las verdades, creando una atmósfera de ilusión, de fantasmagoría, absolutamente adecuado a quien era antes que nada el novelista de la Antigua Guatemala. Desde entonces, el destino de José Milla y "Salomé Jil" se confunde con el de "Juan Chapín", el andariego. Cuando, poco después, vino la muerte a llevárselo, el pueblo comprendió con certeza que había fallecido el señor Milla Vidaurre, pero que seguía deambulando por las dormidas calles de la vieja ciudad, el ingenioso y descorazonado Juan Chapín.

Gómez Carrillo, saturado de literatura francesa y de adolescencia ambiciosa la comprendió contra "Salomé Jil", allá por 1889. El público letrado rechazó la "ofensa". Gómez Carrillo hubo de salir entre policías una noche en que se presentó al teatro, y el auditorio a una le rechifló sin ahorros.

¿Quién tuvo razón entonces? Nadie.

Era absurdo que comparara a Milla, cargado de historiografía y de tradiciones, con Teófilo Gautier, mero incursionador de la historia por mor de distracción. Era ocioso y cobarde zaherir a un adolescente lleno de sagrada codicia, por haberse mostrado arrogante. Era necio endiosar a Milla y colocarlo en el sitial de los intangibles, cuando nadie puede pretender tal inmunidad.

Gómez Carrillo tenía derecho a expresar el punto de vista de su generación harta de colonialismo, ávida de exotismo; cansada de la Academia; urgida de renovación. Milla había hecho bien en invertir sus forzadas holganzas de intelectual atado por la incomprendión suspicaz, en relatos innocuos, pero pintorescos. Que no se llame a omnisciencia nadie, si es que hay humildad humana en su corazón. Los dos fallaron, los dos acertaron, pero el único que

no acertó nada fué el público, inepto juez de una causa que no entendía. Hay sutilezas que no se compadecen con el ruido.

Hacía siete años, entonces, de la muerte de "Salomé Jil". Las fuentes de la Antigua, esas fuentes numerosas e incansables, de cristalino e inacabable coro, seguían fluyendo de los surtidores. Rotos arcos, truncas columnas, campanarios mochos, bóvedas deshechas atestiguan la majestad de un tiempo ido. Otra ciudad había crecido, en otro lugar, huyendo de la amenaza del volcán y el terremoto. "Juan Chapin" como Ashaverus proseguía su peregrinaje más allá de la vida ...